

ANA MARÍA FOXLEY

"No es necesario ser marino de profesión cuando uno ha nacido en Valparaíso", escribe Osvaldo Rodríguez. "Allí, hasta las casas navegan en el viento, las calles de la luz son jarcas que vibran con el tiempo, las sábanas son velas que hacen de Valparaíso navegar por el cielo..."

Un día, hace quince años, su itinerario de navegación volvió, quedó interrumpido. Tuvo que partir, pero la lejanía nunca fue su destino: fue más bien su condición. "Es que no perdí la tierra, perdí las olas del mar", explica en un juego metafórico.

Porteño de sepa fina, nació allí —secundariamente—, es el hijo poeta que nació en Valparaíso, como dice su canción más conocida, entre El que lo escribió. Muchos la tararean, o la silban o cantan su letra en micros y ascensores, bares y salones, lugares que no reconocen a su autor, confundido con una máscara de Gileso que lo inspiró su maestro de los años 60, Nelson Oyarce. Desde entonces sus historias por el mundo, su conexión con fines muy peculiares, se multiplicaron multicolores, con toques de magia, poesía y realismo que, si no se le van dando siles, los pone de su propia comedia.

Aí ha sobrevivido el Gileso, superponiendo a veces hasta a él mismo. Lo que su magia es mucha y de ahí puede sacar a un compositor musical, a un poeta o a un impetuoso escritor de dichos de viaje, también al caso arquitecto, al aprendiz de pastor, al diseñador eventual y al dibujante ocasional que es hasta el día de hoy. Como poeta y novelista ha sido afirmando la pluma poco a poco.

En Choncholirca, uno de los cinco países donde ha vivido (los otros, los dos Alemanes, Francia e Italia), la publicación *Diario del día* editó poemas en edición bilingüe (1976). Luego Ediciones LAR, en España, se hizo cargo de Castanos que reflejaban (tránsito temático de una obra de Violeta Parra), con el título de *Notas para una historia personal de la Nueva Canción Chilena* (1984). Este subtítulo sin embargo dejó que se afianzara la subjetividad, pero nunca tanto. La segunda edición apareció a fines de año en la misma editorial, que también publicó *La nueva canción chilena: continuidad y reflejo*, libro que mereció el Premio Casa de las Américas en 1986.

Ediciones Albatros, del puerto, lanzó *Canto de extrajero*, una antología poética personal, con prólogo de Julio Cortázar, como difícil de obtener por aquellos que no son de la especie de los conejos.

Pero lo que tiene más asonancia a Osvaldo Rodríguez es *La marejada*, su primera novela. Allí habla de Valparaíso de los años 50, con un protagonista joven que desperdicia renombre a la rebeldía, al cambio personal y social. La califica de novela romántica y nada moderna para

Osvaldo Rodríguez:

# Historia personal de un desolado

*Navegante, cantor, dibujante y escritor —Gitano al fin— llegó cantando, contó de sus ensayos y libros de poemas y anunció **La marejada**, su primera novela.*



que Carmen Balsech en Barcelona, la transcribe, piensa, de para ficción es realidad. "Solo después de publicada esta novela me consideré escritor. Eso es lo que quiero ser, aunque me toqué el camino más difícil", asegura.

Estos días vive entre Barcelona, al norte de Italia, y París. Epíscopo de profeso enseñado de cartas de los que guarda ropas, como material de trabajo. Termina su segundo decanado —lo último en Fraga, ahora lo sacará en París. Por sí fuera poco, en ocasiones, también traduce y corrige textos en portugués, para Lucrecia Barro, y por último canta, en español, francés y portugués.

—Cuando llegó, dijo que venía a rendir cuentas. ¿Le ha hecho?

—Me preguntaron entonces si venía a darme cuenta y yo contesté que venía a ver a mi mamá, a mi papá, a Valparaíso... no a rendir cuentas. Pero en un momento con palabras del puerto, me percaté que nos exhibían tradiendo cuentas ocasionales. Me costaron su vida y sufrimientos y sé que yo podía dialogar con ellos, pero con mucho cuidado de no vomitarlos me de mi vida gitana que me ha permitido visitar ciudades y culturas distintas, mientras aquí dentro de la isla muchos otros queridos exiliados.

—¿Qué imágenes dignas de escritora se le vienen a la cabeza en este momento con Chile?

—Me impactaron los dos Chile: por un lado el de la miseria y por otro el de la oportunidad. Se me había olvidado que era poeta, aunque en Vila, como estudiante del colegio Mackay, tenía amigos que jugaban polo y en sus casas tenían colchetas. Ahora visité publicaciones y vi una publicación de canciones de mi país, de sencillos callejeros que vivían de todo, y de canciones folclóricas como el de escribir los mensajes entre el paso de una foto y otra... También me chocó el deterioro de Valparaíso, porque, justamente en su novela *La marejada*, yo encontré en mi memoria, paso a paso, ese puerto, sus colores, sus casas.

—No sé si la memoria, mezclada con la emoción y la nostalgia, es una peligrosa significadora de la realidad?

—Es curioso porque en el ejercicio de la memoria, he podido reconstruir con mucho detalle y sensibilidad cada hecho, cada cosa de la casa en Temuco donde transcurrió gran parte de la acción de la novela. Eso no ha cambiado. Lo pude comprobar en una visita reciente, después de 30 años. Fue asombroso. Sí, creo que yo había

exagerado en mi percepción del ruido del mar y la fuerza del viento.

—Eso del deterioro de Valparaíso ya lo había profesionalizado en su canción de hace 20 años: *El habitante escondido los calles, la lluvia destiló las calles, un mar de travesía fue cubriendo, los cerros con sus calles y sus edificios*. Y también en *Y vino el temporal y la lluvia, con su carga de arena y desperdicio, por ahí pasó la muerte tantas veces, la muerte que cubrió a Valparaíso*.

—Puede que esa canción haya sido personalista, como a veces lo es la poesía, pero también tuvo que ver con mi despreocupación por los problemas sociales que había en la época que la escribí, en 1962. Yo ahora busqué siempre a Valparaíso: lo encontré en Niza, como desde el otro lado del espacio, en vicinas bahías de Brasil y también en la ciudad de Roswell. Ahora es la desolación de mi barrio de Puyo Ancho, donde viví mi infancia y adolescencia, y donde descubrí el amor. Todo se empezó a desmoronar, como en las novelas de Gabriel Alende: se caían los postes,

caía la yerba, brotaron manchas de humedad en los muros, y las llinguizas se pusieron a flojar soltando sus ligaduras de cristal con el invierno.

—¿Cuales son las claves de su novela *La marejada*?

—Quise hacer en ella del realismo simple y de lo real metafísico, y acrecenté lo más posible a algo como *Por qué doblan las campanas*, queriendo las propiedades. Escribí una novela romántica donde los personajes son subconscientes y aspiran a la libertad y a la justicia.

—Se trata de un diálogo entre un adolescente impetuoso pero rebelde contra un hogar que le da una moral que él no acepta, y un río que lo hace descubrir la literatura y la política. Este ha pasado en la Guerra de España y fue amigo de Neruda, García Lorca, Alberti. Está apartado de todo, luego que ha descubierto que en Chile el gobierno ha aceptado a muchos nazis alemanes después de la Segunda Guerra. Pero la novela es también el descubrimiento del amor de un adolescente y su dolor por el amor frustrado.

—¿Después de escribir poesía y ensayo, cómo se atravesó con una novela?

—Es que empezó como un cuento y en un mes y medio fueron apareciendo personajes hasta llegar a 200 páginas. De ellos quedé solo 400. Ahí salió a flote la Guerra de España por la cual yo tenía una obsesión. Tuve que investigar mucho en documentos y buscar en mi memoria toda la época del Chile de los 50. Hice la reconstrucción de cuenta a través de todo el canonero de Nal King Cole, Teddy Wilson, Cabot Gardel...

—No le asusta pensar de pretencioso ejerciendo tantos oficios simultáneos de cantor, dibujante, escritor, profesor universitario, además del ya bastante difícil de ser hombre?

—Los europeos también se sorprenden por eso, pero lo que ocurre es que yo todo lo he hecho naturalmente. Español dibujante, desde niño. En mi familia hablaban burreo criollo y mis dos abuelos cantaban. Mi abuelo chileno siempre me enseñó en un caballo al centro de la medallana de los ri-

os desde donde competía (y muestra una medalla de oro que ganó de su escuela donde dice: *Conde por Juan María en el caballo Cabot. Primer Premio Radio Las Mañanas de Lismack, 1937*). Mi abuelo, de origen suizo, tarareaba volas.

—¿Cómo se ve como escritor?

—Lo de ser escritor es algo que yo defendía con una virulencia enorme. Pero como es un ejercicio corporal que no puedo hacer todo el día sentado, por más dolores de espalda, en mi taller tengo también un tablero donde dibujo, de pie. Además cada cierto tiempo doy recitales de música. Lo que sucede es que mi gran obsesión y tema obsesivo es uno solo: Valparaíso y el mar. Es mi fijación, y por eso *La marejada*, novela que por consejo de Skarrieta, manté a Barcelona.

—Ahora lo impulsa Skarrieta, antes lo hizo Nelson Oyarce, ¿qué otros escritores lo iniciaron en la literatura más seriosa?

—Nelson fue mi amigo—gala. Nos juntábamos en tertulias en su taller en Quilpué con amigos y hermanos. Él me abrió los ojos a la literatura mundial: Tagore, Apollinaire, Saint John Perse, Huidobro, Neruda, Teller, Lihn, Rojas... Después hubo otros poetas como Jorge Enrique Adonay que me dio su apoyo, Gonzalo Rojas que me acogió con hospitalidad y generosidad y me hizo un examen poético, sacándose luego por letra como a una alcahueta hasta llegar a mi canción política. También me dieron fuerza la literatura de la tarapaca Lidia Vialardi y del argentino Juan Gelman: fueron una revelación para mí. Y Castaneda y Cortázar y Kundera y Galante que en sus días y noches de amor y de guerra me dio la clave para con sus ojos de extraño mirar, que aún no edito.

—Para su doctorado estudió la poesía popular desde sus orígenes medievales hasta la nueva canción latinoamericana. ¿Es qué cierta forma de canción popular es recuperable como literatura?

—Yo partí estudiando eso en París cuando dos investigadores jóvenes me mandaron un cuestionario sobre Violeta Parra. Me di cuenta que sabía poco de ella. Estudiándolo la descubrí que es el último capítulo y no el comienzo de algo. Ese algo se remontaba a la poesía medieval castellana. La Nueva Canción tenía el tratamiento político y la fuerza moral de Violeta Parra, pero no tuvo influencias nuevas. Para eso habría que haber seguido su misma vida de campesina, transportada a la urbe y luego su regreso al campo a investigar, impulsada por su hermano Nicolás.

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Historia personal de un desolado [artículo] Ana María Foxley. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa